

Erase una vez un auditorio para Gijón¹

Luis MEANA MENEZES

Si Dios, por hipótesis absurda, decidiera reencarnarse de nuevo en esta carne mortal y en esta tierra, no cabe duda ninguna de que instalaría su pesebre, y si acaso después también el piso, en Oviedo. Entre otras cosas, porque no se puede esperar otra resolución de quien, por definición, posee sabiduría infinita. ¿Cómo Dios va a ir a otro sitio que no sea Oviedo? Eso, ¡cómo! Y, desde luego, en tan hipotético caso, el Todopoderoso puede tener absoluta seguridad de que la Alcaldía de la capital le cedería gratuitamente el terreno y todos los demás aparejos canónicos necesarios para el acontecimiento: el buey, la mula, la paja, y todo, todo, todo lo demás. Y lo que ya es más difícil de igualar, incluso le haría un diseño a la altura de las circunstancias, que fuera por lo menos tan bueno como aquél de la Feria de Muestras de Gijón. Y, si la cosa va adelante, hasta podrían hacerle un paraguas conmemorativo. Seguramente una de las pocas cosas que le falta por intentar a la fogosidad huracanada del Alcalde de la capital (además de sustituir a Gordillo en la selección) es conseguir del cardenal Ratzinger y del Vaticano la carta confirmatoria de que, caso de que Cristo volviera a reencarnarse, lo haría en Oviedo. Bien entendido que no es que la cosa no se le haya ocurrido ya, que naturalmente se le ha ocurrido, sino que, por tática, es una baza que guarda para mejor asalto electoral, o para metas incluso mayores.

La máquina de vapor

Y si todo un dios quiere reencarnarse en Oviedo, no puede tomarse a mal que un auditorio —que, por la cizaña, pasiones, blasfemias, memeces y condenaciones que despierta, viene a ser como el mismísimo demonio—quiera, cuando menos, lo mismo y lo que, como está bíblicamente mandado, quieren siempre todos los demonios, o sea, ser como dioses e instalarse en Oviedo. Todo muy natural y lógico. Y por lo que se va viendo, y por la estelita que va trazando, da toda la impresión de que don Pedro de Silva y Cienfuegos Jovellanos, natural y vecino de Gijón, pero que no parece de esta madera, se va sintiendo también crecientemente tentado a reencarnarse en Oviedo, si no está ya reencarnado. Lógico, a su vez, y, bien mirado, tampoco puede encontrarse ahí un motivo mayor ni de sorpresa ni de escándalo, porque es un arquetipo social muy repetido. El hijo del obrero siempre es el que más quiere parecer un señorito burgués, los más bablistas y asturianistas se apellidan Fernández y se instalaron aquí

ayer o anteayer, y el que más se empeña en la pureza de sangre es el que la tiene impura. Es, pues, hasta cierto punto, muy natural que Gijón haya sufrido, precisamente bajo el Gobierno de un gijonés, una de las épocas más negras y negativas de cuantas recuerda la larga historia del centralismo regional (piénsese en la nueva pseudo-autonomía del Musel, en el asunto de la Feria de Muestras, en el palmetazo dado al Ayuntamiento de Gijón en la Caja de Ahorros y en el mismo auditorio), mucho más negra y agresiva incluso que las épocas oscuras de las diputaciones y gobernaciones civiles de antes. Pero es que, como dice la voz popular, no hay peor cuña que la de la misma madera. Y es, además, muy natural que quien no es de Oviedo viva con la necesidad, y la conciencia, de tener que demostrar que es especialmente ovetense, o cuando menos especialmente no-anti-ovetense. ¿No dijo él mismo, en un momento de aprieto, aquello de que Oviedo era la ciudad más bella del mundo? Pues eso. Es un fenómeno elemental de integración y aceptación. Se defiende o se tapa con una intensidad proporcional a las necesidades de la propia vulnerabilidad. Y por eso no es fácil de entender por qué algunos conspicuos de la capital se ponen siempre tarascas porque gobiernan en Gijón. ¡Si nunca les va a ir mejor! Y desde luego en lo que no vamos a entrar a estas alturas del curso es en el rollo este tan malo de lo lógico, la equidistancia, las exposiciones, la población..., aparte de porque para eso ya está, y es su tema-monopolio, el cronista de la capital, porque puede que esos cuantos estén muy bien para niños de kindergarten, para contárselos a las amas de casa que creen que los ricos también lloran o para una campaña electoral, pero no para contárselos a gentes que han dejado ya atrás la etapa de las fábulas de los hermanos Grimm. La decisión del auditorio no tiene nada que ver con la razón o las razones. Y, desde luego, si no fuera porque uno ya supone que todo eso no es más que parte de la retórica y escenificación consustanciales a la vida política y al departamento de imagen, justificación y propaganda, sería escandaloso que gentes tan letradas y leídas no se hayan enterado de que «la» razón, y por supuesto «las» razones, propiamente no existen. No existe ninguna razón completa por sí misma, que pueda imponerse aislada o separada de intereses, tácticas, concesiones, cesiones, equilibrios, fidelidades, conveniencias, poderes, obediencias, etcétera.

Todo, todo más que sabido y

conocido y todo ya más que dicho. Y por eso mismo no merecería ninguna otra reconsideración, si no fuera porque, de repente, el Departamento de Historia de las Ideas del Principado de Asturias (muy probablemente dependiente de lo que diga y quiera el Ministerio de Cultura) ha logrado, al parecer después de intensísimas investigaciones históricas, descubrir, según lo ha confirmado públicamente —rectificaciones al margen— su mismísimo presidente, don Pedro de Silva y Cienfuegos Jovellanos, al parecer natural y vecino de Gijón, que el localismo de Gijón es de la época de la máquina de vapor. Algo es algo y por lo menos para algo han servido ya el IVA, la reconversión, los impuestos y la ZUR. Y además don Pedro de Silva y Cienfuegos Jovellanos de Gijón tiene absolutamente toda la razón, aunque seguramente no la que él querría tener: El localismo de Gijón es de los tiempos de la máquina de vapor. Precisamente. Porque el (ahora que estamos en el Gobierno) tan detestado localismo gijonés es el resultado de una configuración social que nació y se apuntaló con la máquina de vapor y el desarrollo industrial, por supuesto capitalista. Fue la máquina de vapor la que convirtió a miles de ciudadanos en obreros, a unos cuantos en patronos industriales y a otros cuantos en administradores. Y fue la máquina de vapor la que los estableció en dos ciudades distintas y la que hizo que esas ciudades fueran precisamente distintas. Y, aunque no es el momento de jugar al huevo y la gallina, puede asegurarse que no habría localismo gijonés si no hubiera habido máquina de vapor. Sí, señor, y tiene toda, pero toda la razón don Pedro. Pero el localismo gijonés no es, como parece querer catalogarlo don Pedro de Silva y Cienfuegos Jovellanos de Gijón, una enfermedad infantil de la localidad, sino precisamente la manifestación de su ser más esencial: su antagonismo social, vital, histórico y económico con otra ciudad de clases, grupos, intereses, formas de vida, valores, objetivos, costumbres, sentimientos, comportamientos... totalmente distintos y opuestos.

El localismo gijonés

El localismo gijonés no es más que la dinámica del siervo frente al señor, la lucha entre la ciudad que manda y la ciudad que obedece. Y, señor mío, el que el auditorio, o cualquier otro objeto de adorno parecido, se instale en Oviedo y no en Gijón no es, primordialmente, como parece apuntar el presidente del Principado, y les gusta creer a muchos otros, el resultado del examen

del estado de la razón (como si el huevo fuera antes que la gallina), sino la resultante de una lógica social mucho más profunda y que se impone casi, casi con la fuerza y la necesidad irreversible de las leyes de la naturaleza: a saber, que unos son obreros/siervos y los otros señores/administradores. Consecuentemente, que una es la ciudad-obrera y la otra la ciudad-empresa. O diciéndolo de una forma más afilada, que unos están para producir y los otros para arrebatar. Que una es la ciudad productora y la otra la ciudad arrebadora. Y por tanto, ni lo del auditorio, ni lo de la Caja de Ahorros, ni lo de la Feria de Muestras, ni nada de cuanto pase o llegue a pasar, son meras casualidades o actuaciones pasajeras, sino, simple y llanamente, la consecuencia inevitable de la lógica social establecida precisamente a partir de la máquina de vapor de don Pedro de Silva y Cienfuegos Jovellanos de Gijón. Una lógica social cuyo sentido es que unos están para producir y los otros para arrebatar lo producido. Y en ese sentido, aquí no ha ocurrido más que lo que tenía que ocurrir. Y lo contrario hubiera sido tan sorprendente como que las manzanas empezaran a caer, de repente, para arriba. El auditorio está en Oviedo porque tenía que estar (conforme a las leyes de la naturaleza social establecida). Son esas leyes las que hacen y determinan que Oviedo sea voraz. Porque la voracidad de Oviedo no es ni más ni menos que la voracidad lógica de todo poder o de todo poderoso, quien, como cualquier "Fido", siempre quiere "multiplicar" por más su hacienda, para multiplicar de esa forma su dominación y su dominio, que quiere serlo siempre todo y al mismo tiempo (condescendiente pero a la vez señor, cercano pero a la vez superior, comprensivo pero a la vez dominador, popular pero a la vez señorial) y que, como todo poder o poderoso, sólo puede sentirse seguro, calmado y satisfecho si multiplica incesantemente sus posesiones y la cantidad y extensión de lo que posee, por la sencilla razón de que únicamente esa multiplicación le asegura su posición y su dominio sobre los demás y sobre la historia. Sólo se siente seguro cuando multiplica. Y todo lo que no sea multiplicación lo percibe como un ataque a la propia integridad. Cualquiera que lea los periódicos de Oviedo notará en seguida esa sensación permanente en las voces autorizadas de la capital: cualquier aspiración mínima de los demás, sólo la posibilidad de que otros puedan recibir algo se percibe ya como un acoso o derribo de Oviedo. Oviedo sólo puede ser a costa de que los demás no sean. Dicho sea, todo esto, de paso.

ASTURIANA, S. A.

¡España

MUEL VAQUERO

DEZ DIAZ, CEFERINO DE BLAS
ULIO PUENTE
GO, PEDRO PABLO ALONSO

JIS GONZALEZ

Celvo Sotelo, 7.-33007 OVIEDO
teléfono publicidad y esquelas: 231985
Correos: 233-33080, OVIEDO

Control de difusión



Faustino F. ALVAREZ

la cultura, etcétera). Un ejército, en tiempo de paz, tiene mucho en común, en cuanto a funcionamiento, con otros grupos humanos, pero acaso la puesta al día castrense sea más lenta que la de otras instituciones. Sin entrar en programas políticos sobre el tiempo de permanencia en filas y otras cuestiones técnicas, de las que algunos partidos opinaron en las pasadas elecciones generales, quizás se hace necesaria una revisión de las enseñanzas y de los programas para estos jóvenes que no son profesionales de la milicia, sino que, por un tiempo, son soldados en cuanto que son españoles; es decir, que aporten su juventud, interrumpiendo otras actividades o la búsqueda de futuro, a este servicio que quienes tienen el poder entienden, en este momento concreto, con unas determinadas características de tiempo, lugar y contenido. ¿Por qué el pueblo llano tiene cierta compasión de los soldados, a los que llama "soldaditos", y los ve marchar al cuartel entristecidos y los ve llegar, de permiso, felices, como viajeros procedentes de una larga noche? Los veo en la estación, camino de su primer destino, de su primer amanecer en el campamento, de su despiste de novatos en tantas cosas... Los miro y, no sé por qué, siento una cierta tristeza mientras el tren se acerca, se detiene y se marcha.

Tierra de naufragios

Ir a la lotería

partido que confiesa no haber influido para que sus leales tuvieran un trato de favor. Esto es pura política de imagen. Sacrificar la Justicia a las apariencias. ¿Por qué en lugar de todo esto no se denuncia el sistema? Porque lo malo, a fin de cuentas, es que existen loterías en las que la discrecionalidad o el favor del poder son determinantes. Y cuyos criterios de selección son evanescentes, incontrolables y secretos. ¿No sería mejor que la Administración tuviera menos poderes discrecionales y que las bases de adjudicación fueran casi matemáticas y susceptibles de

Alfonso Palomares: El vestido de Sarah Bernhardt en su época

Las frases del día

José María Aznar: La opinión pública está hecha de los intereses

tra tanta inmoralidad y desprestigio de la Justicia no hace que

Estado. Gonzalo Maurtua: Quiere

Erase una vez un auditorio para Gijón / y 2

Luis MEANA MENEZES

1986

A ASTURIANA, S. A.

a España

MANUEL VAQUERO

ANDEZ DIAZ, CEFERINO DE BLAS
JULIO PUENTE
NGO, PEDRO PABLO ALONSO

LUIS GONZALEZ

Calle Calvo Sotelo, 7. -33007 OVIEDO
Teléfono publicidad y esquelas: 231985
Correos: 233 - 33080, OVIEDO

Control de difusión



Faustino F. ALVAREZ

hacen falta, para que nos insulten, nos entretengan y exterminen la mala costumbre de alimentarse de latas de conserva que traen de su tierra y de dejarse invitar a las fiestas sin el gesto, otrora vulgar y terrible, de colocar unos dólares debajo de la servilleta. Pero puede estar usted orgullosa de su paso por Asturias: ha revuelto el gallinero y tal es el síndrome que producen la fugacidad de sus viajes que ya hay, en los quioscos de prensa, encargos de reserva de revistas, para la próxima semana, con la intención de comprobar, en la cuatricomía, si usted era un sueño o si se puede meter la mano en la llaga de su cara de limón sombrío y pintarrajeado. Además, no está usted sola en Asturias. Hay muchas pequeñas Gunillas en esta tierra, fatigadas aspirantes a vivir como usted en su reducido mundo de una playa del occidente de la región o de un hotel del Oriente diminutas Gunillas que la miran a usted con cierta hipocresía, entre un rumor de maledicencias, pero que, en el fondo, desearían ser como usted, vivir como usted y hablar como usted. Usted es muy perjudicial, se lo juro; pero no por lo que hace, que chulearles un permanente veraneos a unos supermillonarios hasta tiene su gracia. Usted es muy peligrosa por la cantidad de Gunillas sin empleo que va dejando a su paso. Pero, a pesar de todo, le ruego que retire lo de la envidia de los españoles.

Primer poder

Los restos al Presidente

González se han esforzado en plantar cara a algunos de los retos pendientes: se ha aborinado la reestructuración y se ha luchado denodadamente contra la inflación, aunque el esfuerzo de otros países competidores haya anulado parcialmente legítimos triunfos.

Cuatro años después, nuevas empresas están mucho mejor situadas para luchar en el mercado crecientemente competitivo de la competencia

Desde que el mundo es mundo, o sea, antes de que las montañas fueran montañas y los Velascos Velascos, y de eso hace ya algunos años, la autoridad se quejaba ya, y se ha seguido quejando siempre, de la irracionalidad del súbdito, de lo bien que ven los árboles y lo mal que ven el bosque, de los hábitos y la naturaleza del poder. No hay nada reprochable en que don Pedro de Silva y Cienfuegos Jovellanos exija también ese tributo y se haya molestado en recordarnos lo mismo, o sea, el perpetuo localismo del súbdito. Y si, además de tratar de corregirnos nuestras debilidades, tiene encima el detalle de decirnos la queja con un agradable halo poético, pues nadie negará que la dichosa frase esa de que el localismo de Gijón es de los tiempos de la máquina de vapor es, como formulación, aguda y hermosa, tendremos incluso que estarle agradecidos, pues lo propio de la autoridad es que, puesta a quejarse, berree mucho más bárbaramente. Lo malo es que, a pesar del indudable valor poético, o quizá precisamente por él, la gente normal no dejará de encontrar en esa queja una buena dosis de paradoja y hasta de sinsentido. Pues es hasta cierto punto una graciosa novedad que sea precisamente un socialista (y encima no uno cualquiera sino el mandamás) quien se queje del localismo de la ciudad-obrera, como si el localismo no fuera tan consustancial al obrero como tener las manos trabajadas y poco finas, y como si ese localismo no viniera precisamente de negarles repetidamente una serie de bienes y la participación en los repartos del poder. Y como si el localismo no fuera la única forma de poder que les ha dejado la historia a estos desheredados —por cierto, una forma de poder bien miserable e infinitamente inferior a las que disfrutaban aquellos emparentados con los despachos y sillones—. Pero más paradójico y absurdo resulta todavía que quien se queje de localismo sea aquél que, por historia, cargo y función, nunca debería hacerlo, que sea precisamente aquél, cuyo poder nace y vive del localismo y los obreros: ¿Es que acaso no es el localismo la fuente de la que ha salido y sale toda la historia, el sentido y la base del poder del socialismo? ¿Acaso no son esos localismos y esos localistas los que los han llevado, y los sostienen, a ellos en el poder? Lo de la máquina de vapor de don Pedro de Silva y Cienfuegos Jovellanos viene a ser

un sinsentido tan grande como si el Papa se descolgara, de repente, ridiculizando el papel y la supremacía del Papado. ¿Cómo puede un socialista ridiculizar —de la forma que sea— la máquina de vapor y el localismo del obrero y, con ello, su mismo poder? ¿Y cómo es posible que sea precisamente el papa socialista asturiano el que, cuando el obrerete lucha por conseguir un piano que regala el Ministerio, porque le gustaría poder ponerlo, y hasta tocarlo, como los ricos, en el salón de su casa, sea precisamente él quien le dice que cómo va a dárselo a él si no tiene donde ponerlo ni sabe además tocarlo? ¡Pues, coño, precisamente para aprender! ¿Cómo es siquiera posible que sea precisamente el pope socialista asturiano el que les recomiende o exija no ya sólo quedarse sin piano sino que estén encima conformes y satisfechos de no tenerlo y de que lo tenga otro? Demasié, incluso para socialistas. Y es que, como asegura la voz popular, no hay peor cuña que la de la misma madera.

Un autorretrato

Pero no acaba ahí, ni mucho menos, el morbo de la máquina de vapor de don Pedro de Silva y Cienfuegos Jovellanos de Gijón. Más bien empieza. Faltan todavía las perlas más cultivadas y vistosas de la colección. Contra todo lo que pueda parecer, y hasta contra lo que seguramente él pretendía, la máquina de vapor de don Pedro de Silva y Cienfuegos Jovellanos no retrata a Gijón, sino que lo retrata a él mismo, al socialismo gobernante. Los que llegaron al poder prometiendo el cambio, llegada la hora de gobernar, o sea, la hora de decidir y de razonar la decisión, el único argumento que utilizan es la tradición, es decir, la aceptación de la razón de la situación tal y como está establecida. Cualquiera que lea atentamente los argumentos esgrimidos por la autoridad regional tendrá que llegar a la conclusión de que toda la argumentación se reduce a esto: Que lo que ha sido hasta ahora justifica e impone lo que va a ser a partir de ahora. O sea, que so capa de atender al estado de la razón, a lo que de verdad se atiende y se está apelando y atendiendo es al estado del poder tal y como está establecido. Lo cual que siempre ha sido así y seguramente estará muy bien que lo sea, pero no para quien promete y se supone que aspira al cambio. Pues de ése se espera, precisamente, la forma de argu-

mentar contraria. Que precisamente en virtud de la rotura de la tradición y de la lógica social establecida, lo que ha sido hasta ahora no siga siendo a partir de ahora; que, en virtud de un principio de reparto y de localización nuevo y distinto al anterior, se dé el plano al que no sabe tocarlo para que, en generaciones sucesivas, vayan aprendiendo y se introduzca un desarrollo e igualdad cultural-social en los lugares y en las capas sociales donde no lo ha habido, para que se rompa la identificación cultural con un grupo social. Así el socialismo del cambio se queda en el continuismo centralista y sucursalista de siempre y se convierte en el mejor guardián y canchero de la tradición.

La renuncia socialista

La amarga queja de localismo de don Pedro de Silva y Cienfuegos Jovellanos de Gijón no es más que el están verdes de la zorra. Como don Pedro ve que no logran llegar hasta las uvas no le queda más remedio que echarle la culpa al empedrado. Lo que hace y lo que le pasa a Pedro de Silva en Asturias no es más que el reflejo mimético y sucursalista de lo que hace y le pasa a Felipe González en Madrid y la nación. Como son incapaces de darle la vuelta a una situación y un determinismo histórico establecidos no les queda más truco en el repertorio que resaltar y exagerar la evidencia, la conveniencia, la racionalidad de esa situación histórica establecida. Y como don Pedro no puede (por las razones que sean, de la propia carrera personal, de los intereses del propio partido o de los condicionamientos de la situación que lo rodea) hacer lo que prometió, y quizá hasta se prometió, lo que encima no va a aguantar es que los del barrio le recuerden que es un enano saltarín incapaz de llegar hasta las uvas. Así que, obreletes, a callar y a no estar todo el día dando la tabarra. O sea, que el que se mueva no sale en la foto, que dijo el clásico. La queja del localismo de Gijón no es más que la voz de la propia amargura: amargura por no alcanzar las uvas; amargura de la propia (mala) conciencia de incapacidad, que necesita masaje racional y autosugestionarse con la rectitud de la propia concesión para no tener que reconocerse como mala conciencia.

Y así, pasito a pasito, va quedando al descubierto el verdadero mensaje y contenido de la máquina de vapor de don Pedro

de Silva y Cienfuegos Jovellanos de Gijón. Esa frase es la confirmación y confesión pública del socialismo asturiano y supongo que español, de su renuncia a transformar, siquiera mínimamente, la estructura social establecida. Es su renuncia factual a aplicar incluso las formas más suaves y simples de cambio socialista (poner un auditorio donde nunca se habría puesto sin ellos).

Pero, además, y ahí está la verdadera madre del cordero, la famosa frase de la máquina de vapor de don Pedro de Silva y Cienfuegos Jovellanos de Gijón es mucho más: es la confesión pública, más o menos sibilina y cualquiera sabe si consciente o inconsciente, de una convicción que se ha ido extendiendo silenciosamente por las mentes de nuestros socialistas y que, de vez en cuando, se les escapa o la dejan escapar para que la gente se entere: Que el socialismo es cosa del tiempo de la máquina de vapor. O sea, pasó. Y pasó compuesto. Una antigüalla. Y superado como doctrina y como programa de interpretación y transformación social. Esa convicción, y no la pobre y ridícula psicología localista de Gijón y de los gijoneses, es el mensaje central que nos quiere revelar, consciente o inconscientemente, la máquina de vapor de don Pedro de Silva y Cienfuegos Jovellanos de Gijón. Y el que haya escogido precisamente a los de Gijón, para que hagan de pastorcitos en la revelación de este tercer secreto de Fátima, es muy natural, pues los de Gijón son los que, por naturaleza, tienen el peligro de seguir creyendo lo contrario. Naturalmente, a los de Oviedo no hace falta ninguna advertirselo. Están más que advertidos.

Enterados. Mensaje recibido. Corto y cambio. Pero, ya puestos a mandar mensajes, lo que muchos no acaban de entender es que Gijón es fea, pero resultona. Y a veces tienen más vida de mujer y una vida histórica mucho más larga e intensa las feas resultonas que las guapas cursis, sosas y anodinas. En dos palabras, que a las feas tipo Gijón no se las doblega ni torturándoles el culo con auditorios ni menos todavía con máquinas de vapor. Lo extraño es que don Pedro de Silva y Cienfuegos Jovellanos, natural y vecino de Gijón, no se haya enterado de ello todavía y no lo tenga en cuenta a la hora de escoger cabaño para hacer su apuesta política en la historia. Digo yo que él sabrá lo que hace.

Las frases del día

Baltasar Porcel: Ideales o motivos para desencadenar una guerra civil no vislumbro ninguno.

Manuel Fraga: Alianza Popu-

Jon Idigoras: Contestaremos puntualmente a cada una de las deportaciones que lleve a cabo el Gobierno francés con los refugiados vascos.

Consejo del Poder Judicial era el de antes.

Fernando Ledesma: No hay dudas de la independencia judicial.

cas, en sentido neto, residen únicamente en los veranos, y en consecuencia, no existen. En la vida, desdichadamente, sólo hay seres humanos.

Roig: Me gustaría